

Y apenas se había retirado cada vecino á su huronera, — que no parecían otra cosa las habitaciones de aquella casa, — por la ventana de la de Carmen ví como entraba majestuosamente en el patio el tambor mayor vestido de gala, armado de todas armas, y haciendo la acostumbrada evolución con el bastón, ni más ni menos que si le siguiera la banda de tambores, desfilando por delante del capitán general.

Subió gravemente la escalera, y entró en su cuarto sin dirigir la palabra á su mujer, que, como si tal cosa, estaba en el corredor tendiendo al sol unos pañales del hijo de su amor, que en brazos de otra vecina berreaba lo mismo que un becerrillo, demostrando claramente sus buenas disposiciones para la música, disposiciones heredadas sin duda de su padre, que, como tambor mayor, tenía algo de músico.

Y á poco volvió á salir, y entabló con su mujer el siguiente diálogo:

—¿Por qué llora el niño?

—Pregúntaselo á él; llorará porque tendrá ganas.

—Si lo tuvieras en la cuna, y no lo acostumbraras á estar siempre danzando por ahí...— Así saldrá luego un vago sin oficio ni beneficio, porque como dice el capellan del batallón, árbol que crece torcido, tarde ó nunca se endereza.

El angelito tenía cuatro meses.

Y no se daba por entendido de las prudentes observaciones de su padre, y seguía berreando como si le retorcieran la punta de las narices.

—Dale de mamar, mujer; tendrá hambre.

—Si le he dado hace un cuarto de hora.

—¡Vaya, vaya! venga, á ver si calla conmigo.

Y cogió el tambor mayor á la criatura, y con ella en los brazos se bajó al patio, y allí comenzó á pasear y á intentar dormir al niño con el eterno *tan, tarran, tan, pataplám, ram, plám, rata-plám*, que en lugar de acallarle le exasperaba más y más.

—Cásese usted, tío Paco, decía el jefe de la banda á otro vecino, que estaba tomando el sol, por ser lo único que acostumbraba á tomar, hasta que á las tres iba á la Escuela Pía á que le llenaran el puchero (1). Verá usted cómo se divierte con los hijos... Cria cuervos, que dice el refrán. ¡Y que los hombres hemos de ser tan tontos, que una mujer nos ha de obligar á esto! Si mi padre me hubiera roto una pierna cuando dije que quería casarme, ¡qué favor tan grande tendría que agradecerle!

—Tiene V. razón, *D. Juan*, contestó afectivamente el tío Paco; el buey suelto bien se lame.

—Digo, ¿quién me tosería á mí, si no tuviera mi mujer y este mayorazgo?

(1) Los padres escolapios tienen, entre otras virtudes, la muy recomendable de distribuir diariamente alimento á algunos pobres.

—¡Como te va tan mal, grandísimo holgazán! se apresuró á decir la aludida.

—Calla, calla, mujer, que desde que me casé contigo, parece que me han hecho mal de ojo.

—¿Y quién te cose, quién te lava, quien te sufre?

—Pues, hombre, no faltaba más sino que ni aun para eso sirvieras...

—Pues, hijo, si tú has perdido, lo que es yo no sé, porque ya no me acuerdo cuándo me compré el último par de zapatos, y con esta saya he pasado el invierno y el verano, y el médico me ha mandado refrescar, y aun no he podido tomar ni un vaso de cebada...

—De paja sí que debía alimentarme yo, por haber hecho la barbaridad de casarme con mujer que necesita tantas gollerías. Mira, mira cómo se calla tu hijo... Si me valiera en mi genio...

—Anda, pedazo de... ¡Dios me perdone!... que hasta la criatura te incomoda... ¡Pobrecito! ¿No ha de llorar?... Cada vez que le doy de mamar, traga el angelito más bilis... Y no se cómo se cría, con la vida que me das, que ni á un perro se le trata como á mí.

—¡Hombre! exclamó el tambor; y ¿dónde está el perro?

—¡Ay! ya se me olvidaba, dijo la esposa, variando repentinamente de tono, y con cierta dulzura.

—Pues, ¿qué ha sucedido?

—Nada; que vino su amo, y se lo ha llevado.

—¡Y lo tenías tan callado, mujer! Tío Paco, téngame V. el chico.

Y cogió el chico el tío Paco, y el tambor mayor subió á ver más de cerca á su consorte, sin duda con la intención de adivinarle en el rostro la mentira ó la verdad de sus palabras.

Un cuarto de hora habría pasado cuando oímos gran estrépito y angustiadas voces de «¡Socorro, socorro! ¡Qué me matan!»

Salí al patio con intención de acudir á la víctima; y el tío Paco, que muy tranquilamente seguía meciendo al niño, me detuvo diciendo:

—No suba V., señor, que ya estamos acostumbrados á oírlos, y nadie les hace caso.

Y la mujer continuaba pidiendo socorro.

—Pero es una inhumanidad, observé, no ir á socorrer á esa infeliz, y á castigar á ese infame.

—Sí, sí, eso decíamos nosotros antes; pero ahora ya puede matarla, que no tendrá quien salga por ella.

—Pues yo salgo, y salga lo que saliere.

Y subí, entré, y apenas me vió ella, se vino á mí, que creí que me iba á sacudir una bofetada, diciéndome:

—¡Vaya! Y á V., ¿qué?... Es mi marido, y puede pegarme... ¡Vaya una gana de meterse en cuidados ajenos!

—Suelta el dinero, perra, añadió el tambor mayor.

Comprendí que se trataba del precio del hospedaje del perro. El tambor mayor había olido la media onza.

—No sea V. bestia, repuse, dirigiéndome á aquel Goliat con charreteras.

—Oiga V., me interrumpió ella; á nosotros no nos insulte V... Si me pega, hace bien; él es mi marido.

—Bien, señora, bien; pero como yo soy el dueño del perro, y este hombre pide el dinero que esperaba de mí, y que seguramente cree que le he entregado á V., ahí van dos duros para que den ustedes por terminada la cuestión.

—Eso es hablar en razón, dijo el tambor mayor... ¿Ves, mujer, como entre *caballeros* se arreglan las cosas al momento?

Guardó los dos duros, requirió el machete, se caló la gorra, y salió.

—¡Ea! ¡Ya te vas á la taberna! le gritó su mujer.

—No, no; voy á ponerlos en la Caja de Ahorros para cuando el chico sea grande.

Por la noche, según me refirieron las dos hermanas el día siguiente, volvió beodo, y le hizo soltar á su mujer la media onza consabida, no sin que precediera una escena semejante á la que dejo referida.

XVIII

UN HIJO PERDIDO

Pasó algún tiempo; yo seguí visitando á Carmen, la costurera, dando con mis visitas no poco que hablar á la vecindad, bien que mis visitas no podían ser más inocentes.

Todavía no había dicho una palabra de amor á la virtuosa joven.

Pero vaya V. á detener en los convenientes límites la imaginación del vulgo. Todos los vecinos creían firmemente que yo era el amante de Carmen, y ella sabía lo que pensaban; pero como era completamente inocente, como su conciencia estaba pura como una violeta escondida en la espesura de un bosque, no se preocupaba de aquel error de la opinión pública.

Carmen y su hermana habían vuelto á hallar trabajo, y en más ventajosas condiciones que antes; algunas señoras habían tenido ocasión de conocer y apreciar su habilidad, y les solían confiar la confección de sus trajes, pagándoles mucho más de lo que ganaban en la tienda.

Una tarde llegué á la casa donde vivían las

dos hermanas, y ví que delante de la puerta había un coche de alquiler.

—¿Qué acontecimiento será éste?... me pregunté.

Y al ir á entrar en el portal ví salir una señora, que al verme, exclamó:

—¡Ramón!...

Hasta ahora no había dicho á los lectores mi nombre; ya lo saben ustedes, Ramón me llamo, para lo que ustedes gusten mandar; acaso habrían ustedes creído que quien refería estos sucesos sería el que aparece como autor del libro; no, señores, el autor del libro no tiene nada que ver conmigo; es decir, tiene que ver, por cuanto estos recuerdos se los he facilitado yo, en un manuscrito que tenía en casa en un cofre viejo, en la guardilla, y él no ha hecho más que abusar de mi confianza, dando impreso al público lo que yo le dí manuscrito, y poner al frente su nombre, seguro de que yo no le había de reclamar la paternidad de mi obra. Así, pues, quede esto entre nosotros, y no se lo digan ustedes á nadie.

—¡Ramón! exclamó aquella mujer que salía de la casa donde vivían las costureras.

—Y levantando el velo que cubría su rostro, me dejó ver el más lindo y peregrino que pueden ustedes figurarse, bien que en él se veían claramente las huellas del sufrimiento, y, sin embargo, parecía como que esta sombra del

dolor aumentaba los encantos en aquel rostro incomparable.

—¡Soledad! exclamé.

La casualidad ponía en mi camino otra vez á aquella mujer que tan profundamente me impresionaba y conmovía tan fuertemente mi corazón.

—Sí, amigo mío, yo soy; yo, la más desgraciada de todas las mujeres... Si V. quisiera hacerme un favor...

—Diga V.; pruebas tiene V. de lo que me interesa todo lo que le atañe.

—Es verdad, V. es bueno.

—¿En qué puedo ser á V. útil en este momento?

—¿Puede V. acompañarme?...

—Sí, señora.

Entró Soledad en el coche, y yo entré también.

Parecía como que el diablo tenía empeño en ponerme junto á aquella mujer, á quien quería olvidar.

El cochero preguntó:

—¿A dónde?

Y mientras Soledad le daba la dirección, ví aparecer en la puerta del patio á la hermana de Carmen, que, viéndome, echó á correr por el portal adelante, pero cuando llegaba á la puerta, el coche se ponía en movimiento. No pudo, pues, hablarme, como seguramente deseaba.

—Ahora, pensé, le va á decir á su hermana que me ha visto en coche con una mujer... ¿Qué va á pensar Carmen?

—Amigo mío, me dijo Soledad, V. perdone que le haya molestado... Lo que me sucede...

—Cuénteme V.

—En el pueblo confesé á V. y á su madre que había dejado un hijo en Madrid al cuidado de una nodriza.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien: en esa casa, donde me ha visto usted, vivía esa mujer, y ya no vive...

—¿Se ha muerto?

—No, señor; parece que habiendo sido preso su marido, ella tuvo tantos disgustos, que se vió en la imposibilidad de criar, y confió mi hijo á una amiga suya.

—Sí, ya lo sé.

—¿Usted lo sabe?

—Sí, porque yo conozco á alguien en esa casa, y he oído hablar de esa mujer, y de la prisión del marido, y sé también que habiéndose ofrecido á éste ocasión de marchar á la Habana, con gran ventaja, salió para Cádiz hace tres ó cuatro días con su mujer.

—Una vecina de esa mujer me ha dicho que la persona á quien confió mi hijo vive en la calle de Embajadores, y allá voy.

—Soledad, repuse, un poco tarde se ha acordado V. de su hijo.

—Sí, señor; un poco tarde, muy tarde acaso.

—Eso no está bien hecho.

—Lo conozco; pero es tal el odio que profeso á su padre, á ese infame que ha burlado todas mis esperanzas...

—¿Y era ese un motivo para abandonar al hijo?...

—Tiene V. razón.

—¿Qué hace usted en Madrid?...

—He hallado un hombre, á quien V. conoce, que está dispuesto á casarse conmigo.

—¿Y yo le conozco?...

—Sí, señor; el francés que fué con nosotros en la diligencia.

—¡El francés!...

—Sí, señor; es un hombre de bien.

—No lo dudo.

—Me ha perseguido con una tenacidad increíble, me ha dado mil pruebas de su amor; me ha tratado con tal respeto, con tanta consideración, que he tenido que prestarme á oír sus protestas y sus promesas. Le conoce mi antiguo protector, el señor en cuya casa he pasado mi juventud, y ese excelente señor y sus hijas son quienes más empeño han mostrado en favorecer los deseos del francés.

—¿Y ese hombre sabe?...

—Lo sabe todo; sabe que dejé á mi hijo en poder de una nodriza, y que casi le había olvidado, por odio á su padre, y él es el que me

obliga á buscarle, y dice que sólo se casará conmigo, si le pruebo que no he abandonado á mi hijo.—«Si no le ha abandonado V., me ha dicho, puedo creer que es V. una mujer desventurada, víctima de un infame; pero si le ha abandonado, creeré que es V. una mujer criminal, y yo puedo ser el amparo de una mujer desgraciada, pero no de una mujer culpable, de una madre sin entrañas.»

—Admiro á ese hombre, y en efecto, esos hidalgos sentimientos hacen su más cumplido elogio.

--Es grande el amor que me tiene. ¿Qué debo hacer?...

—Buscar á su hijo de V., y casarse con ese hombre.

—Ese hombre me llevará lejos de aquí, á su país, donde nadie me conoce, donde nadie más que él sabrá mi desventura. Su amor es sincero; él me ha referido su historia, es rico, escribe libros, y ha tenido una juventud muy borrasca; delante de mí ha roto las cartas y los retratos de una llamada Marieta, y de otras.

—De la Marieta ya tenía yo noticias, dije, acordándome del sueño del francés en la diligencia.

—¿La conocía usted?...

—No, conocerla precisamente, no, pero le oí hablar de ella. Celebro que haya V. tenido esa buena fortuna, que acredita cuánto puede la hermosura.



—¡Ay! ¿encontraré á mi hijo?...

Aquella mujer me era en aquel momento profundamente antipática. Buscaba á su hijo porque le convenía, después de haberle abandonado, y compadecí al inexperto francés que iba á hacer su esposa á semejante madre.

Llegamos á la calle de Embajadores; la casa cuyas señas habían dado á Soledad, estaba al lado de la Inclusa.

Entramos en el portal, y Soledad preguntó á un mocito que estaba hablando muy animado con una mocita:

—¿Me hace usted el favor de decirme si vive en esta casa una joven que se llama Ignacia?...

—¡Ignacia! repitió el mocito,... ¿sabes tú si vive aquí esa Ignacia? preguntó á la mocita con quien hablaba...

—Sí, señora, aquí vive, en el segundo interior; pero no está.

—Tiene un niño, ¿no es verdad?...

—¿Un niño?... Lo ha tenido, pero ya no lo tiene.

—¿No lo tiene?... exclamó Soledad con terror, con el terror de quien ha perdido una gran cantidad.

Este era el sentimiento de que se hallaba poseída en aquel momento Soledad; no era el espanto propio de una madre, no; en aquel corazón no había más que ceno; aquella era un alma de estuco. No veía que había perdido un hijo;

veía que perdía la proporción de casarse con el francés.

Parecía imposible que aquel hermosísimo rostro encubriera un alma tan deforme, que aquella figura tan bella, tan interesante, estuviese animada por un corazón tan ajeno á todo sentimiento generoso.

—¿Y dónde está esa mujer?... preguntó Soledad.

—Ahora vendrá.

El mocito y la mocita salieron á la calle y nos dejaron libre el portal.

—¿Habrá muerto mi hijo?... ¿Seré tan desgraciada que haya muerto mi hijo?... dijo Soledad.

—Bien podrá ser, contesté con severidad; ¿qué han de hacer en el mundo los ángeles abandonados por sus madres?... Se vuelven al cielo. Dios ha castigado á V. justamente, si ha muerto ese niño.

—¡Que desgraciada soy!

—No es V. desgraciada, Soledad, porque ha podido no serlo. Los desgraciados son los que sufren penas y dolores que no han merecido, que no se han procurado ellos mismos con su imprudencia, con su egoísmo, con su mal proceder, en una palabra.

Soledad se mordió el sonrosado labio con aquellos dientes primorosos, y estrujó en sus manos el pañuelo, á tiempo que entró en el portal una mujer, y tras ella asomó la cabeza de la

mocita que en la acera hablaba con el mocito.

—Ignacia, dijo desde la puerta la mocita, ahí te buscan.

—¿Es V. Ignacia?... pregunté yo.

—Sí, señor, ¿qué se ofrece?

—Tenemos que hablar con usted.

—Pues diga usted.

—Aquí no es sitio conveniente.

—Pues suban ustedes.

Echó á andar delante, atravesamos un patio, y subimos tras ella una escalera estrecha, oscura y sucia, hasta llegar al piso segundo, cuya puerta abrió la mujer, y entramos en un cuarto donde había tres tablados con jergones encima, y desde el cual se veían otras dos habitaciones adornadas también de tablados con jergones. Aquella era una casa de dormir.

—*Siéntensen* ustedes, dijo bárbaramente la Ignacia.

Pero no correspondimos á su invitación.

—Usted, dije á aquella joven, que era más fea que una noche de truenos, recibió un niño de...

—Sí, ya sé de lo que va V. á hablar. Sí, señor, sí, el niño que estaba criando la Gertrudis... ella no podía, y me habló... y yo... por hacer un favor... y porque la criatura no quedase abandonada...

—Bien, ¿y qué ha sucedido?...

—Pues el niño estaba muy delicadito... en los

huesecitos, la pobre criatura... y por más que hice...

—¿Se murió?...

—Se murió; sí, señor... ¿ustedes son los padres?

—No, señora; somos encargados de sus padres.

Miré á Soledad y estaba lívida... Dios me perdone, pero no creí que sentía la muerte de su hijo, sentía lo único que aquella mujer podía sentir: la pérdida de sus esperanzas.

La llamada Ignacia estaba muy turbada, y sospeché que mentía.

—Pues en ese caso, le dije, nos hará usted el favor de decirnos el día y la hora de la muerte, y acompañarnos á la parroquia donde debe constar la fecha del enterramiento, para sacar el certificado de la defunción, y pagar á V. lo que se le deba.

Ignacia se puso más blanca que la pared, y dió claramente á entender que mi sospecha era fundada.

—Señor, dijo, es que yo no sé...

—¿No sabe usted?... ¿Pues cómo ha sido enterrado el niño?... Por fuerza ha de constar su muerte.

—¡Ay, señor, por Dios!...

—¿Qué ha hecho usted de ese niño?... ¿Dónde está?... Hable V., ó salgo para dar parte á la autoridad...

—El niño... el niño no ha muerto.

—¡Ah! exclamó Soledad, como recobrando su esperanza.

—Pues ¿dónde está?...

—Está... está en la Inclusa.

—¡Qué infamia! recoge V. un niño, ofreciendo cuidar de él, y lo arroja á la Inclusa.

—Señor, yo soy casada... casada, por mi desgracia, con un hombre que es muy malo... Por la noche, vienen aquí á dormir unos cuantos parroquianos... El niño estaba muy malo, y lloraba mucho, toda la noche estaba llorando, y como esto es tan pequeño, no dejaba dormir á los huéspedes... Mi marido estaba furioso con que yo tuviera el niño, y mucho más viendo que no se presentaba su madre, que nadie pagaba por el niño... Una noche, yo no estaba en casa, mi marido vino borracho, como muchas veces, el niño estaba en la cuna llorando... mi marido le cogió y le sacó, y... le puso en el torno de la Inclusa.

—¡Qué horror!...

—Sí, señor; un horror... No sabe V. lo que yo he llorado por el niño...

Soledad estaba pálida, inmóvil, con la vista fija en aquella mujer, como si fuese á arrojarse sobre ella para ahogarla.

—Pero habrá algún indicio, alguna señal para reconocer al niño.

—No, señor.

—¡Qué infamia!... Pero esto tendrá castigo.

—¡ Señor, ¡ por Dios!...

Bien sabía yo que aquella infamia no tenía castigo. Soledad no podía probar nada, no tenía medios de hacer nada contra aquella mujer y su marido.

—¿ Qué día sucedió eso?... pregunté.

—El sábado hizo veinte días.

—Entonces, el día 15.

—Sí, señor.

—Vamos á la Inclusa.

Y salimos con aquella miserable mujer.

—¿ Usted sabe, le dije, á qué hora fué puesto en el torno ese niño?...

—Entre ocho y nueve de la noche debió ser.

En la Inclusa nos informaron de que la noche del 15 del mes anterior habían ingresado, de ocho á nueve, cuatro niños, todos varones, y todos, al parecer, del mismo tiempo.

Y aunque nos manifestaron que era muy difícil, si no imposible, sacar de allí á un niño arrojado al torno, sin indicación ni señal de ningún género, llevaron su complacencia hasta ponernos de manifiesto los cuatro niños que habían entrado en la Inclusa en aquella noche.

Los cuatro parecían hermanos.

—Soledad no podía decir cuál de aquellos cuatro desventurados niños era su hijo.

La Ignacia tampoco se atrevía á afirmar cuál de ellos era el que había tenido en sus brazos algunos días.

Los cuatro niños tenían de cinco y medio á seis meses, y eran iguales.

—Este me parece que ha de ser, decía la mujer... pero no, yo creo que este... vamos, no sé, no puedo decir con seguridad cuál es...

Ningún espectáculo en el mundo puede impresionarme más que me impresionó el de aquella madre, mirando llena de estupor á los cuatro niños que le sonreían y le tendían los bracitos, como si pidieran una madre... como si le quisieran preguntar: ¿Eres tú nuestra madre?...

Soledad estaba allí clavada, con los ojos fijos en aquellas inocentes criaturas, sin decir una palabra... y sin verter una lágrima.

—Vamos, dije, deseoso de salir de allí, ansioso de alejarme de aquella mujer, de aquella madre sin entrañas; todo es inútil.

—Vamos, repitió Soledad con voz siniestra.

Y los cuatro niños, en brazos de las nodrizas que nos los presentaron, sonreían á Soledad y extendían hacia ella sus bracitos.

Salimos de la Inclusa, y, sin cuidarme de la mujer que nos había acompañado, dije á Soledad:

—Ha perdido V. á su hijo. Si tuviera V. alma ¡qué vida tan horrible la de V.!...

Y eché á correr con el corazón oprimido, y llevando fija en mi imaginación la melancólica mirada y la triste sonrisa de los inocentes niños.

XIX

LA CASA DE JUEGO

¿Cuál es el libro más leído de todos los publicados en el mundo desde el siglo xv acá?

El libro de las cuarenta hojas, amigo lector, la baraja por otro nombre.

¡La baraja!

Ríome yo del valor de todos los héroes del mundo comparado con el que necesita quien se dedica á leer en ese libro, y á leer lo contrario de lo que leen otros dedicados con igual afán que él á tan *honrado* oficio. Un hombre con una baraja en la mano es capaz de todo, absolutamente de todo; él podrá, al dejarla, caer maltrecho y derrotado; pero mientras la tenga, ella le prestará fuerzas para sufrir todos los golpes que se le asesten, y defenderse él solo contra todos los que le combatan.

Has de saber, lector amigo, y perdona la franqueza, que en la casa de mi patrona vivía un joven, estudiante de derecho, gran aficionado á tirar de la oreja á Jorge, y que todos los días, á la hora de la comida, nos conta-

ba cosas extraordinarias de cierta casa de unas señoras amigas tuyas donde solía pasar las más de las noches, y en la cual decía gozar grandemente, á juzgar por los elogios que nos hacía de los concurrentes á la misma, y por lo bien que le daba el naípe para *dar dos ó tres golpes y armarse*, ganando para el gasto diario una cantidad modesta, pero suficiente.

Y tanto y tanto nos hablaba de la tal casa, que una noche dióme gana de acompañarle, con objeto de aprender algo y observar lo que allí hubiese de curioso, que parecíame que no había de ser poco.

A las doce de la noche, que era cuando estaba la *soirée*, en todo su esplendor, nos hallábamos á la puerta de un piso principal de una casa situada en cierta callejuela extraviada; yo, joven inexperto entonces, iba á tirar del cordón de la campanilla, pero mi acompañante detuvo mi brazo, diciéndome:

—¡Calle V., hombre! Van á creer que es la policía.

Y dió un golpecito en la puerta que se abrió, movida por un hombre mal encarado, que no nos preguntó cosa maldita, y á quien nosotros tampoco dijimos una palabra.

No dejó de inquietarme la advertencia de mi compañero; una casa donde se temía la llegada de la autoridad, no debía ser muy santa que digamos; pero decidido á ver lo que allí pasaba,

me armé de resolución, y marcialmente entré, siguiendo á mi mentor, que lo primero que hizo fué presentarme á seis ú ocho señoras que en una sala se entretenían honestamente, departiendo con varios señoritos, y oyendo al mismo tiempo los armoniosos sonidos de un piano bastante desafinado, cuyas teclas, movidas por la blanca mano de una señorita mayor de lo que está en el orden, halagaban el buen gusto músico de la selecta concurrencia con un wals del antiguo régimen, que nadie bailaba, porque wals como aquel no podía bailarse sin el calzón corto, la coleta, el sombrero de tres candiles, y el espadín atravesado por los riñones.

—¿Va V. á llevarme una *vaca*? preguntó una á mi compañero.

—Le llevaré á V. aunque sean tres...

—¡Calle! dije yo, esta señorita, ¿tiene ganado vacuno?...

—Esta señorita y yo nos entendemos.

Y era verdad que aquella señorita y él se entendían.

—Chico, le dijo uno que entró en aquel momento, vengo de la otra *partida*, y he perdido en una *fragata* todo mi capital.

Compadecióme profundamente la desgracia de aquel náufrago, y llevado de mi amor al prójimo, le pregunté:

—¿Y se ha salvado la tripulación?

Mi compañero me tiró de la levita, y el de

la *fragata*, sin contestar á mi pregunta, continuó:

— *Yo era rey*, porque es la figura que más me gusta.

Híceme un poco atrás, eché una ojeada por aquel recinto, y me tenté la ropa para convencerme de que no estaba soñando; aquel hombre tenía facha de todo menos de rey.

— Y eso, continuó, que me va mejor cuando soy *caballo*.

Separéme un poco más, temeroso de que aquel animal me arrimara un par de coces, y porque, aun concediendo que fuera hombre, como parecía, todas las señales eran de que tenía la razón vuelta del revés; no de otra manera se comprendía que deplorase no haber preferido el pesebre al trono.

Mi compañero se separó al fin de aquel orate, y tomando mi brazo me condujo á otro salón, donde había gran número de caballeros alrededor de una mesa larga, cubierta con un tapete verde, sobre la cual se veían bastantes monedas de oro y plata, y algunos billetes de banco.

En el centro se sentaban, uno enfrente de otro, dos caballeros, que alternativamente barajaban las cuarenta consabidas, y luego iban echando cartas hasta salir una igual á otra de dos que tenían vueltas sobre la mesa; y entonces echaban mano al dinero puesto al lado de la una, y pagaban las *puestas* de la otra, dando

por un duro dos, y dos onzas por una, y seis pesetas por doce reales, etc., etc.

Ya no quise saber más; saqué un duro del bolsillo, y, vueltas á colocar dos cartas sobre la mesa, púselo junto á un rey, que era más rey que aquel amigo de mi compañero.

—*Yo se lo llevo á V.*, me dijo un viejo que estaba sentado junto á uno de los que barajaban.

—¡Hombre, me gusta!... ¡Como si yo tuviera mi dinero para V.!...

—*Es que yo le mato á V.*, replicó el viejo cogiendo el duro.

—¿Usted á mí?... ¿Por qué?... Pues, hombre, ni en Sierra-Morena sucede lo que aquí...

Riéronse los circunstantes, y comenzó á tirar uno de los dos señores que he citado.

Salió la carta en que yo no había puesto, y el viejo se guardó mi duro en el bolsillo.

Esto quería decir que yo había tirado cinco pesetas á la calle.

Y volvió á comenzar la operación.

Las cartas vueltas eran un *as* y un *dos*.

Saqué otro duro y lo puse al *as*: cuando el mozo que barajaba volvió la baraja para comenzar á tirar, apareció el *as*.

Y comenzó:

—*Treinta y entran.*

—Aquí, contestó uno muy gordo, que no hacía más que limpiarse el sudor, y que parecía sentir grandes emociones en el juego.

— *Medio duro; gana ocho reales.*

— ¡Pues! Yo siempre cobro en *puerta*, dijo un andaluz con el sombrero sobre la oreja derecha, y que se entretenía en hacer sonar las monedas en la mano.

— ¡Una peseta!

— ¡Mía! exclamó un pollo, que para jugarla se la había pedido á otro.

— ¡Un duro!

Este era el mío; puse la mano, y me dió el distribuidor de las ganancias un duro y una peseta, diciéndome:

— *Casará.*

— ¿Quién se casa? pregunté.

— Usted, me contestó.

— ¡Yo! Hombre, vaya V. al cielo; yo no pienso en eso, ni pensaré en mucho tiempo.

— Pues le debo á V. medio duro, no tengo suelto.

— ¡Ah! Bien, admito la deuda, pero rechazo el matrimonio.

Y vuelta á la misma faena.

Salieron un siete y un cinco.

— *El casado*, ¿á dónde va? preguntó el que barajaba, á quien oí llamar con asombro banquero.

— A donde lo lleva su mujer, contesté yo, y todos se rieron grandemente.

— ¡Vaya al cinco! repuso, y puso un duro en el centro de la carta.

— *Écheme V. un siete*, exclamó uno que debía

ser cesante, y que no sé por qué deseaba que le echasen un siete, pues tenía la ropa llena de ellos.

—Es un *cinco*, dijo otro que detrás del banquero no quitaba ojo de la baraja.

Y así fué:

—¡*Casado!* dijo el banquero, y nadie contestó. Todos eran solteros, por lo visto.

—¡*Casado!* volvió á decir.

—¡Yo! contestó una voz, y salió de entre muchas una mano que se llevó el duro que el banquero quitó del centro del cinco.

Pagó todas las puestas, y como yo creía haber ganado diez reales con los diez que se me debían, pregunté:

—¿Y lo mío?

—Se ha pagado, contestó el banquero.

—Usted lo habrá pagado, pero yo no lo he cobrado.

—¿Quién ha cogido un *casado* que estaba aquí? Profundo silencio.

—¡Otro *muerto!* dijo el que se sentaba enfrente del banquero citado.

—El señor ha tomado un casado.

—Pues era del señor.

—No, señor, que el casado soy yo, se apresuró á decir el acusado;—que lo diga el señor, añadió señalándome á mí.

—Y yo, ¿qué sé? V. será casado, no lo niego; buen provecho le haga.

—Se acabó la cuestión, dijo el banquero, si el interesado se conforma; pero advierto que esta noche se han *levantado ya cuatro muertos*, y que en probando á uno que los levanta, se le echará á la calle.

Confíesote, lector benévolo, que desde que entré en aquella casa, no cesé un momento de sudar; aquella atmósfera me sofocaba; aquellos hombres me parecían locos escapados de sus jaulas, y reunidos allí por un capricho de la casualidad.

El uno decía que *era rey*, el otro á voz en grito exclamaba: *¡Soy caballo!* Aquel preguntaba muy serio *¿Hay gallo?* y éste se levantaba diciendo *¡Otro talla!* y uno más allá gritaba *¡Burlote!* y uno aquí exclamaba *¿Quién me lleva una vaca?* y otro gritaba *¡Mamarán!* y todos hablaban á un tiempo, y una de las dueñas de la casa trataba de imponer silencio, y recomendaba que todas las cuestiones se decidiesen con la mayor brevedad posible, porque si no se *perdía* el tiempo; —y por lo visto lo que allí les convenía era que se *perdiera* el dinero.

—Y no fué malo que me evitaron el triste espectáculo de ver levantar los cadáveres de los infelices á que aludía el hiperbólicamente llamado banquero, — porque nunca he tenido valor ni para hacer una sangría, y una vez que fuí miliciano voluntario, por fuerza, y me pusieron de centinela en la Punta del Diamante, pasé un

miedo que en dos meses no me salió el susto del cuerpo.

Pero cuando mi asombro llegó al extremo, fué cuando ví entrar en el salón y tomar asiento entre aquellos hombres á todas las señoras y señoritas que hasta aquel momento habían permanecido en la sala del piano. Sentáronse otros dos señores á *tallar*, según me dijeron, lo que me hizo temer un instante que me obligaran á entrar en quinta, á pesar de haber pasado de la edad que la ley señala,—y todos los concurrentes, excepto algunos que habían ido sin dinero ó que allí lo habían dejado, se dispusieron otra vez á comenzar la escena que muy ligeramente he bosquejado, porque ahora,—que entran las señoras,—la pintaré con todos los detalles y con la posible exactitud.

Confieso que fuí allí uno de tantos, que también me dispuse á jugar el dinero, con el afán de duplicar, si era posible, mi capital, ilusión que arrastra infaliblemente á todos los que ponen el pie en una casa de juego, ilusión que llega á embargar todas nuestras facultades, y que inutiliza á muchos hombres que, sin ella, no vivirían oscuros, miserables, despreciados y envidiosos.

El juego es un vicio tan arraigado en la sociedad moderna, que tengo completa evidencia de que, no mis pobres observaciones y desautorizados consejos, sino todos los discursos de los

más severos moralistas y toda la elocuencia de los oradores más respetables, no lograrían desterrar de entre los hombres un vicio, que es más temible que todos, porque infaliblemente conduce á caer en los demás, y el hombre que no tiene fuerza de voluntad bastante para resistirle, llega generalmente á perder todo sentimiento cristiano, toda idea generosa. La embriaguez del juego es la más repugnante, la más nociva; mata lenta, pero seguramente. Ved los jugadores de profesión, y en su rostro notaréis algo sombrío y siniestro que os hará tratarlos con cierta prevención; veréis cómo en su fisonomía se retrata fielmente su alma, y en ella podréis leer la duda, el descreimiento, la mala intención, la avaricia, todas las pasiones, en fin, que nacen necesariamente del vicio que los domina.

¡Qué digno del aprecio de los hombres honrados sería el gobierno que con energía se dedicara á perseguir las casas de juego, que tanto abundan en España! (1).

Si es digno de compasión un hombre arrasado por tan miserable pasión, una mujer víctima del mismo vicio es un sér tan repugnante, que no encuentro cosa, por abyecta y despreciable que sea, con que compararla.

(1) No es esto decir que no abunden mucho más en el extranjero.

Es verdaderamente triste y desconsolador ver á la mujer, nacida para compañera y madre del hombre y guardadora de su hacienda, seguir, con la vista clavada en la baraja, el juego que da el banquero, y poner en prensa su inteligencia para averiguar si se dan *mayores ó menores, judías ó contra-judías*.

Y hay muchas mujeres dedicadas al juego con igual afán, con la misma afición que si se tratara de cumplir una acción meritoria; mujeres que abandonan su casa y sus hijos para ir á que les *lleven una vaca*, que pasan en vela toda la noche, sentadas detrás de la mesa del tapete verde, entre hombres desconocidos que no les guardan miramiento alguno, y que, no considerándolas bello sexo, no omiten los votos y las palabras obscenas y sacrílegas que les arrancan de los labios las alternativas y los azares del juego.

Alguno de mis lectores creará pintado con exageración este cuadro; yo le felicito de todo corazón, porque si así piensa, puede decirse con seguridad que no ha visitado aun una casa de juego, ó, para hablar con más propiedad, una *casa de cucas*. Dios le mantenga alejado siempre de esos focos de inmoralidad, conjunto de todos los vicios, y escollo de toda virtud.

La casa donde me presentó el huésped de mi patrona, era una de las más favorecidas por el bello sexo degenerado de que forman parte las

cucas.—A las once de la noche comenzaban á entrar las *señoras*, y allí se estaban regularmente hasta la hora en que las prosáicas, pero bendecidas mujeres de su casa, dejan el lecho, y después de pedir á Dios larga vida y creciente prosperidad para sus maridos y sus hijos, comienzan á ocuparse en las faenas domésticas.

¿Y qué dirá el lector de las madres que llevan á sus hijas, á tales casas, y las aficionan á las emociones del juego? Estrecha cuenta habrán de dar á Dios de los males que caerán sobre sus hijas, víctimas de su afición al dinero, afición que, si es peligrosa en los hombres, lo es mucho más en las mujeres.—Poned en ese camino á la mujer más inocente y de mejor instinto, y á poco tiempo podréis apreciar el cambio que en su carácter se ha operado, después de acostumbrada á estar durante tres ó cuatro horas cada noche viendo la carta que viene, y contando las pesetas que pierde ó las que gana, y halagada con las ventajas que le proporciona alguna vez un duro que le regala uno de los tertulios, con la aparente intención de hacerla un obsequio, y con la evidente de cobrar en su día el rédito.

Todas las *cucas* son personas de *clase*, como ellas dicen; la que no es viuda de un intendente, es hija de un brigadier, y la que no es brigadiera, no es ni un ochavo menos de coronela, ó huérfana de un magistrado... Ellas suelen tener

su pensión,—que para eso trabajaron sus maridos ó sus padres,—pero regularmente, aunque la tienen ellas, quienes realmente la disfrutan son los prestamistas sobre pagas á las clases activas y pasivas, que á costa de las mujeres mani-rotas y amigas de andar majas y de broma y de jaleo, echan coche y se pasean tranquilos como si ganaran el dinero con el sudor de su frente, ocupados en un trabajo que reportara alguna utilidad á sus semejantes.

Quienes ganan el dinero con sudor, y aun con sudores son las *cucas*; porque es mucho lo que las pobrecitas sudan, después que han puesto la peseta ó el medio duro á una carta, en la duda de si vendrá la *mayor* ó la *menor*, ó si *quebrará* el juego, ó si el banquero que es hombre que las *maneja* bien, dará la *descargada*, ó si ganarán en puerta la carta *donde van*, y no cobrarán más que ocho reales por diez, ó si sería mejor *arriba y abajo*, porque malo ha de ser que se pierdan las dos, etc., etc.

Y si el banquero tira la carta que ellas han elegido, habían ustedes de ver qué satisfacción se retrata en su rostro, y cómo abren los ojos, y alargan la mano para evitar que les *levanten un muerto*, y cómo gritan para llamar la atención del banquero, y lograr que les paguen antes que á los demas *puntos*, y como, cobrada la *puesta*, miran y remiran las monedas, y se las dan al mozo que se sienta á su lado para que las exa-

mine y diga en conciencia si son de buena ley, porque en caso contrario, hay que reclamar inmediatamente y no hacerse de miel, porque no es cosa de perder así á tontas y á locas un dinero que les ha costado su trabajo ganarlo.

—¿Y cuando pierden?—Entonces sí que sudan, amigo lector: siempre pierden sin deber haber perdido; siempre porque seguían á uno de los *puntos*, que había dado *seis golpes* seguidos, ó porque la Faustina y doña Mariquita habían dicho que iba á salir la *cargada*, ó porque el banquero se había equivocado, y en lugar de poner su dinero, como le dijeron, en la que gana, lo dejó en la que pierde, ó por cualquier otra causa, con lo que se prueba su desgracia, y lo malo que es en el juego guiarse por la opinión ajena, y no seguir la propia inspiración.

Aficionado yo aquella noche, tomé asiento entre dos señoras, una mayor y otra menor, ó, para hablar en los términos técnicos del vicio, una *judía* y otra *contra-judía*,—y ninguna buena cristiana,—y me dispuse á perder cuarenta duros que llevaba, ó ganar con ellos una cantidad que me pusiera en camino de llegar á ser más banquero que los dos tunos de marca mayor que tallaban.

—¡Talla de mil reales! exclamó uno de éstos sentándose y echando sobre la mesa veinticinco duros y otros veinticinco en billetes.—Y pagó á la dueña de la casa cuatro duros, cantidad de

tarifa, que cada uno de los que tallaban tenía que dar en pago del derecho de perder su dinero ó llevarse el de los demás,—que es lo más probable,—porque, como dice el refrán, «de enero á enero, el dinero es del banquero».

Ya ve el lector que la industria no deja de ser productiva, y que no vive del todo mal quien se dedica á fomentar el vicio proporcionando casa para que pueda ejercerse tranquilamente.

Trajeron dos barajas nuevas,—que hay gran abundancia de ellas en todas estas casas,—y después de barajada una, exclamó el banquero.

—¿Quién corta?

—Yo, respondió una jamona con mucha papalina y con un ojo huero, añadiendo:—No tengo fe en el juego cuando corta D. José, porque siempre da el *entrés*.

Quedé tan enterado, como ella lo hubiera quedado oyendo leer en latín un trozo del *Heautontimorumenos*.

D. José era amigo del huésped de mi patrona, quien me lo hizo conocer, diciéndome que era un capitán de reemplazo, que había venido pocos días antes de un castillo, donde había estado por ser muy distraído, y un día se distrajo hasta tal punto, que se llevó por distracción parte de los fondos de la caja del regimiento.

—*As y rey*.

—Al *as*, dijo la jamona, y puso sobre el tape-

te tres pesetas. Pusieron sobre el *as* muchas cantidades, y la jamona murmuró:

—Ya no me gusta el *as*; es la *cargada*, y aquí hay que jugar á las *descargadas*.—Y después de un momento de duda, añadió:—Tres pesetas del *as* se pasan al *rey*.

—*Van*, contestó el banquero, cambiándolas á gusto de la interesada.

Y salió el *as* inmediatamente.

—Las tres pesetas del *rey*, dijo la jamona, vuelven al *as*: he jugado al *rey* cuando el *as* estaba visto.

—No ha lugar, respondió el banquero.

—¿Cómo que no? repuso la jamona...—Doña Gregoria (esta era la dueña de la casa), me han llevado tres pesetas de mala manera, porque el *as* estaba visto.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga, doña Rosarito?

—Es que en ninguna parte sucede lo que aquí, y á una señora se la cree siempre.

—Pero, señora, si se ha pasado V. al *rey*...

—Lo que es V. las *vè venir* que es un gusto.

—¡Vaya, señora! váyase V. á hacer calceta, y no venga aquí, si no quiere arriesgarse á perder.

—Si tengo dicho que no me gusta jugar con V... Siempre me *echa V. la llave*.

—Y así se debía hacer con todas las mujeres habladoras, replicó el banquero; encerrarlas bajo llave.

—Oiga V., á mí no me insulte V., porque aun no sabe V. con quién está tratando; porque yo soy una señora, ¿está V.? y si viviera mi marido, que tenía un genio que el demonio no le podía aguantar, y era intendente del ejército del Centro, puede que fuera usted atado codo con codo al Saladero...

—Señora, tome usted su dinero, y cálese usted, y no vuelva á jugar, porque si sucede lo mismo otra vez, no respondo de mí.

—Amigo, como ustedes me buscan la lengua...

—¡Lástima que la encontremos!

Y se acabó la cuestión; aquella mujer armaba un escándalo cada vez que perdía, y para no oirla se le pagaba siempre, de manera que cuando ganaba ganaba, y cuando perdía ganaba también.

Continuó el juego.

Un *dos* y un *caballo* fueron las dos cartas vueltas sobre el tapete.

—¡*Soy dos!* exclamó una señora que, según todas las señales, estaba en estado interesante, y puso un duro al *dos*.

Yo saqué un billete de doscientos reales y lo puse al caballo. La suerte me favoreció; el caballo salió, y dupliqué mis diez duros.

—¡Jesús, qué suerte tiene usted! me dijo aquella mujer que era *dos*, y alargándome otro duro, añadió:

—Tome usted este duro, y *dele usted tres golpes*.

Tomé la moneda, le dí sobre la mesa los tres golpes que me indicaba su dueña, y la devolví, lamentando no haberla triplicado, como ella esperaba, no sé por qué, con sólo darle los tres golpes.

Entonces me explicó que lo que deseaba era que la pusiera á la carta que me gustase, suponiendo la presunta madre que yo tenía buena mano, ó las veía venir, y que no dejaría de elevar la mísera cantidad de veinte reales que me entregó, á la de doscientos, que era su *desideratum*.

Seguí jugando, y en un cuarto de hora llegué á reunir doscientos duros para mí, y trescientos reales para la señora en cinta, quien, apostrofando á su marido, que desde segundo término hacía también sus *puestas* de dos reales y una peseta, y perdía siempre, se deshizo en elogios de mi humilde persona, y hasta la oí cómo decía á doña Rosarito, que estaba á su lado:

—La mujer que tenga un marido con la suerte que ese caballero, ¿para qué quiere más día de fiesta? El mío parece tonto. ¡Jesús! No he visto hombre más desmanotado. Ya ve usted, doña Rosarito, si sacáramos siquiera trescientos reales cada noche, con ellos y catorce que gana mi marido, podíamos ir tirando hasta que se muera su tío, que es así (y cerraba el puño), y no quiere darle en vida un ochavo; pero sí, sí, no sé en qué está pensando que siempre viene

á perder el dinero... Lo bueno que tiene es que nunca falta aquí un caballero que me *lleve una vaca*, ó preste á mi marido un par de duros; no crea usted que por él, sino por mí, porque saben la falta que nos hace, y porque les gusta verle rabiarse, pues como ha dado ahora en la tecla de ser celoso...

Muy mal efecto me hizo esta arenga de aquella mujer en vísperas de ser madre, que en tan poco aprecio tenía el buen nombre y la consideración del infeliz que le había dado su mano; pero á la vista del tapete verde, todas las reflexiones morales, todas las buenas ideas son fugaces relámpagos, que brillan un momento y desaparecen, para que la imaginación no se ocupe en otra cosa que en las eventualidades del juego.

Hablad allí de amor á una mujer joven y hermosa, y os oirá como si oyera un discurso en alemán; pero no le digáis una palabra de amor, y jugad para ella una cantidad vuestra, con la que consigáis reunir otra bastante crecida, que luego pongáis en sus manos, y habréis logrado interesar su corazón mucho más que en dos años de protestas, juramentos y lisonjas, y paseos por delante de sus balcones.

Terminado el juego, ya podéis declararle vuestro atrevido pensamiento, en la seguridad de que no habéis de ser desdeñado; lo malo será que, con la misma facilidad que habéis conquis-

tado su corazón, lo conquistará la noche siguiente otro que le entregue también una cantidad regular, ganada con lo que llevaba destinado al sacrificio, en aras de la hermosura, y á fuer de caballero galante, y protector del adorable bello sexo.

Pronto llamó la atención del ilustrado concurso la constancia de la suerte en favorecerme; todos los ojos se clavaron en mí y en mi dinero que tenía delante, y los dos que tallaban comenzaron á mirarse uno á otro, y acabaron por pedir otras barajas, cosa que no dejó de inquietarme, pues temía que las hubiera hechas adrede para ganar ellos, y porque según había oído decir al huésped de mi patrona, no falta en Madrid quien lleva *marcadas* las barajas, ó sabe *echar el pego*, ó hacer cualquier otro gatuperio de los inventados para quedarse impunemente con el dinero ajeno, que es la industria más alambicada en la sociedad moderna, en la que todos necesitamos dinero, lo mismo los que lo ganamos con el sudor de nuestra frente, que los que no tienen de dónde les venga, y viven cómoda y anchamente, sin oficio conocido, ni emolumento alguno de buena ley.

— Cuide usted no le preparen una *encerrona*, me dijo un caballero que se me acercó, porque los dos que tallan son muy *largos* y la *manejan* que es un gusto.

Díle las gracias por el aviso y la buena inten-

ción, y no pensaba darle más; pero con los mejores modos me manifestó que había perdido dos *fragatas* y cinco onzas, y que me agradecería mucho cuatro duros, en calidad de préstamo, para *desquitarse*; y yo, que nunca he podido negar un favor, se los entregué con la mejor voluntad, cosa que cualquiera, en mi lugar, hubiera hecho también, porque aquel hombre, por su conversación, sus modales y su traje, parecía todo un caballero.—Y lo era efectivamente, pero de industria, según me dijeron después, mostrándome su nombre en una citación publicada en el *Diario de Avisos*.

Lo cierto fué que él se *armó* aquella noche con mis cuatro duros, y pudo consolarse de la pérdida imaginaria de las dos *fragatas* y las cinco onzas.

A pesar del cambio de barajas, la suerte continuó favoreciéndome, y al mismo tiempo que crecían las pilas de duros que yo tenía delante, disminuía notablemente el dinero de la *banca*, y los *banqueros* se miraban, como preguntándose qué harían para llevar otra vez al centro mi dinero y dejarme por puertas.

Levantóse uno de ellos, y como por distracción, se llevó una de las barajas en la mano, y á poco volvió á salir de la pieza inmediata, donde entró con objeto de tomar el pañuelo que lo había dejado dentro del sombrero sobre el piano.—En la mano traía la baraja que se llevó por distracción.

—Mucho ojo,—me dijo el huésped de mi patrona, y se puso detrás del mozo de la baraja, que sudaba como un pollo, no sé si porque sudaba efectivamente, ó porque se había humedecido el rostro para justificar la necesidad en que se vió de ir á buscar el pañuelo para limpiarse.

—Salieron un tres y un seis: puse mil reales al seis, y gané.

La banca agonizaba.

—No *hay gallo*—exclamó el banquero—lo que quería decir que no había más que el *albur*.

—Eso es—replicó doña Rosarito—para que yo no juegue. A mí me gustan los *gallos*; hágame usted el favor de echar el *gallo*.

Pero no lo echaron.

Puse otros mil reales, y gané; uno de los banqueros se tiraba de las puntas de los bigotes; el otro no hacía más que mirar al techo.

Puse dos mil reales á una sota contra un cuatro.

Comenzó á tirar el banquero, y no venía ni la una ni la otra carta. Momentos de profundo silencio. Todas las miradas estaban fijas en la baraja.

El banquero tiraba muy despacio, deteniéndose al descubrir la pinta de cada carta, y poniendo la mano donde tenía la baraja de manera que los circunstantes no pudieran ver la carta que venía.

Salió el cuatro, y ya iba el banquero á apo-

derarse de mis dos mil reales, y de otras *puestas* de la carta desairada por la suerte cuando apareció una mano que le asió fuertemente la suya; aquella mano era la del huésped de mi patrona, que con la otra cogió la baraja, y sin soltar al banquero estupefacto, fué repasando las cartas, hasta encontrar una sota pegada á un tres.

Aquella sota estaba delante del cuatro, y el banquero había *echado el pego*, con la intención pecaminosa de que yo perdiera mi dinero, y recobrará *la banca* su perdido esplendor.

Siguióse á ésta una escena que no puede describirse; cuarenta manos, lo menos, cayeron sobre la mesa, y recogieron el dinero que allí había, incluso el resto de la banca; uno de los circunstantes dió un bastonazo á la lámpara, y la sala quedó á obscuras; las mujeres comenzaron á chillar; se agruparon á la puerta los jugadores, procurando cada cual salir lo más pronto posible; sonaron algunas bofetadas; doña Rosarito puso el grito en el cielo; la señora en cinta gritaba: «¡Pascual, Pascual!» que así se llamaba su marido. Y Pascual se ponía á cubierto, detrás de una de las puertas, de los garrotazos que de cuando en cuando caían sobre alguno.

Cuando apareció la luz, traída por la señora de la casa, la mesa estaba completamente limpia; una de las *cucas* se había puesto por capa el tapete verde; otra había perdido en la refriega un camafeo, que de feo tenía el retrato de un



teniente de la guardia real, marido que fué de la dueña de la alhaja; otra tenía suelto el cabello y partido en dos el rico peine de cuerno; uno de los caballeros apareció con la cara arañada y semejante á un mapamundi; otro había perdido un faldón del inverosímil y raído frac, y además el reloj, que otro habría encontrado seguramente; otro reclamaba dos pesetas que tenía puestas á la sota; aquel que *me llevó* el primer duro que puse, amenazándome con *matarme*, había perdido el bisoñé: el huésped de mi patrona que había recogido mis dos mil reales de sobre la mesa, vino á entregármelos honrada y noblemente, con la nariz y la boca ensangrentadas, el cabello en desorden, el rostro acardenalado, y todo el traje lleno de ladrillo y yeso: como él había sido el que recogió mayor cantidad, sobre él cayeron todas las manos, y á él se asestaron todos los golpes.

Y todos hablaron á un tiempo, y todos dijeron que les habían robado, y ni los banqueros, ni el caballero que vino á decirme que se me preparaba una encerrona, y á pedirme los cuatro duros, parecieron vivos ni muertos.

La dueña de la casa nos manifestó lo mucho que deploraba aquel desagradable incidente, asegurándonos que era la primera vez que en una casa tan *acreditada* como la suya ocurría un lance de tan mala especie, y nos protestó una y mil veces que no volvería á ocurrir en lo suce-

sivo, y que, al efecto, adoptaría severas medidas como la de impedir la entrada de toda persona que no fuese presentada por otra de reconocidos y buenos antecedentes, etc., etc.

Yo salí ganando seis mil reales, que me pesaban en la conciencia como si detrás de una esquina, ó en la soledad de un camino, se los hubiera arrancado á un honrado padre de familia.

Pero las *cucas* hicieron su agosto aquella noche, porque cuando se apagó la luz sus manos fueron las primeras que llegaron á las monedas que estaban sobre la mesa.

En la calle iban delante de mí, sin haberme visto, doña Rosarito, la señora en cinta y don Pascual.

—Yo no pude coger más que diez duros, decía la primera.

—Saca el billete que te dí, y veremos de cuánto es—dijo á D. Pascual la señora que era *dos*.

—De quinientos—dijo D. Pascual.

—¡Qué suerte tienen ustedes!—añadió doña Rosarito.—Nunca encuentro yo esas gangas.

XX

SIGUE EL JUEGO: GANO Y ME PIERDO

A pesar de todos mis escrúpulos, á pesar de mis remordimientos, me sucedió lo que á todo aquel que gana la primera vez que juega; volví á jugar.

Y ahora que ya ha pasado mucho tiempo; ahora que no conservo de mis errores más que el recuerdo; ahora que creo que mi vida presente me purifica de mi vida pasada, no me avergüenza confesar que á los pocos días de entrar con tan buen pie en el peor de los vicios, desaparecieron mis escrúpulos, y calló en mi conciencia la voz del remordimiento.

Yo, como los demás, me acostumbé á embolsarme el dinero ajeno, y á que otro se embolsara á veces el mío; y hasta llegué á sospechar que no había motivo de tener por inmoral el juego, y consideré perfectamente legítimas las ganancias y las pérdidas, fundándome en que cada ciudadano tiene el derecho de hacer de lo suyo lo que le parezca, y guardarlo ó tirarlo por la ventana, como mejor le acomode.

Entonces no sabía yo otra cosa, sino que unas veces ganaba y otras perdía; entonces no tenía la experiencia de que el dinero mejor ganado es el que se gana con el trabajo; que este dinero es el único que proporciona al hombre bienestar material y la tranquilidad de la conciencia; que de los padres que trabajan asidua y constantemente para sus hijos, nacen los hijos que trabajan después para sus padres; que el padre que pasa largas noches de insomnio, siguiendo las alternativas del *monte*, y apurando, si se me permite la frase, su caduca inteligencia para calcular si *vendrá* antes el cinco que el cuatro, ó el caballo que el rey, no tiene tiempo de educar á sus hijos, ni en su mente cabe otra idea que la que le arrastra á la mesa del tapete verde.

¡Qué dignos de compasión son la esposa y los hijos del jugador! El que había de ser su protector, su más cariñoso amigo, es su enemigo más cruel. — Un bandido puede tener escondidos, allá en el fondo de la caverna donde se guarece, una mujer amada y unos hijos queridos, por quienes se avergüence alguna vez de su criminal profesión, por quienes esté resuelto á sacrificarse á toda hora; pero un jugador arrastrado por tan vil pasión, arrebatará la dote á la esposa, el patrimonio á los hijos, hará de modo que los que de él esperaban un porvenir tranquilo y seguro, tengan algún día que acudirle á él mismo, si el

trabajo les ha podido devolver lo que el vicio del padre y del esposo les arrebató, ó se vean abandonados á sí mismos y arrastrados en el camino que conduce á la miseria y al crimen.

Esta pintura parecerá exagerada; mas no lo es. En el mundo hay hartos ejemplos; entre nosotros viven muchas víctimas del juego; si el lector pudiera penetrar los secretos de muchas familias, que verá todos los días y en todas partes, con profunda amargura vería los estragos hechos por esa abominable pasión, y se alejaría con horror de algunos hombres, que serán responsables ante Dios, ya que no lo son ante la sociedad que los tolera, de graves daños, de vergonzosos delitos.

¡Cuánto más feliz vive el jornalero que trabaja desde la aurora hasta el crepúsculo, y gana para poder vivir y trabajar el día siguiente, que el jugador que vuelve á su casa con los bolsillos llenos de billetes de banco! ¡Aquél ganará otra vez su jornal el día siguiente; éste perderá lo que ganó la noche anterior, y tal vez vendrá á quitar á la esposa y á los hijos el pan de la boca para perderlo también! ¡Aquél morirá bendecido por los suyos; éste se apartará de todos, y quizá morirá de todos abandonado, y en los brazos de la caridad! ¡Aquél no cometerá una acción indigna el día que el trabajo le falte; la fe y el temor de Dios fortalecerán su espíritu; éste no se detendrá en los medios que puedan

proporcionarle modo de satisfacer su pasión! ¡Aquél dejará á sus hijos un nombre puro y honrado; éste dejará quizá un nombre tristemente célebre, que será para los que lo hereden un odioso sambenito.

.
.

Mi compañero de hospedaje conocía, como quien dice, á todo Madrid, y tenía en todas partes muy buenas relaciones; no sólo frecuentaba los garitos más peligrosos, sino también las casas más principales. Era uno de esos hombres que poseen lo que se llama *don de gentes*, que con todos simpatizaba, que sabía amoldarse á todos los caracteres; y con su ingenio, su gracia, su amena conversación y su juventud y gallardía, era buscado, halagado y aplaudido, así en la modesta reunión de la menesterosa viuda, que ofrecía á sus tertulios guitarra y sorbete liso, como en la aristocrática *soirée* de tal ó cual personaje amigo de lucir y alardear, haciendo ostentación de su riqueza.

Román, que así se llamaba el huésped, era tan hábil en la guitarra como en el piano; cantaba con inimitable gracia unas playeras, tan fácilmente como la más delicada romanza de la ópera más patética del repertorio. Entre valencianos hablaba como si hubiese nacido en Ruzafa; entre andaluces, nadie le aventajaba en el donaire, y entre catalanes, no parecía sino

que había pasado toda su vida en Ripoll ó en Mataró. El francés y el inglés le eran tan familiares como el castellano; hablaba de las más apartadas regiones como si las hubiera recorrido todas; sabía la vida y milagros de todos los hombres célebres; tenía, en fin, una erudición superficial, eso sí, pero agradabilísima para quien le escuchaba, y era extremado en todo, lo mismo en la esgrima que en el baile, en el billar como en el ajedrez. Era, en fin, un hombre necesario en sociedad; él sabía de todo, pero de todo menos de lo que estudiaba; es decir, de lo que debía estudiar, y yo creo que al bueno de Román alude una anécdota que voy á recordar.

Sucedió que el padre de un estudiante que cursaba las aulas universitarias en Madrid tres años hacía, vino de improviso á la corte, y se dedicó á ver, acompañado de su hijo, las cosas notables de la villa. Ya habían visto no pocas, cuando un día, pasando por la calle de San Bernardo, preguntó el anciano al aprovechado estudiante, señalando al edificio de la Universidad:—¿De quién es esa casa tan grande?...—No sé, contestó el hijo, pero lo preguntaré. Y en efecto, acercándose con su padre á un caballero, le preguntó; el caballero contestó sencillamente:—Este edificio es la Universidad.

Si no fué á Román á quien le sucedió esto, debió sucederle á quien se le parecía muchísimo.

Román me llevaba á todas partes, y debo con-

fesar que su compañía me era sumamente agradable. Tenía entrada en todos los teatros, conocía á los actores, y especialmente á las actrices; no había función notable para la que no tuviera billetes; en fin, ir con Román era ver y conocer todo lo que hay en Madrid, averiguar los misterios de la villa, saber la historia de todos, y pasar la vida de la manera más entretenida y amena.

Esta noche, me dijo una tarde cuando estábamos comiendo, vamos á ir á casa de Fernández.

—¿Y quién es ese señor? le pregunté.

—Un grande hombre; no tiene oficio conocido y vive como un magnate. Figúrese usted si será un hombre importante.

—Pero...

—En su casa se reúne gran número de mujeres hermosas; se juega, se comen los más hermosos pavos trufados de Lhardy, los más delicados pasteles del Suizo, se toman los mejores quesitos, se bebe el más legítimo *Champagne*, y se fuman los vegueros más ricos de la Habana. ¿No le basta á usted eso?

—Bien; pero el Sr. Fernández...

—¡Hombre! si me pregunta usted por el señor Fernández, le diré que no sé de dónde le ha venido el dinero, pero presumo que de hacer picardías; no me importa; puede que un día le veamos arruinado, ó sepamos que ha huído, ó

que está en el Saladero... Mientras esto no sucede, él tiene gusto en que vaya á su casa la gente á comer y á divertirse... ¿Por qué no le hemos de dar ese gusto al pobre hombre?... Mas, eso sí, él es un personaje; en la próxima legislatura será diputado, y ahora está muy empeñado en obtener una gran cruz... Y creo que la obtendrá, porque ya ve usted que un hombre que se gasta todos los sábados 8 ó 10.000 reales en procurar diversión á personas á quienes apenas conoce, no es un hombre vulgar, y bien merece que se le distinga de alguna manera. Esta noche iremos, y verá usted cómo se divierte; no coma usted mucho ahora, porque allí hay más apetitosos manjares, y sería lástima que no les hiciera usted los honores por habérselos hecho antes á estos empedernidos garbanzos con que nos regala esta empecatada patrona.

—Y ese Sr. Fernández, ¿es casado?...

—Sí, señor; es decir, yo no he visto su partida de casamiento, pero cuando él lo dice, verdad será. Su mujer es una buena mujer, muy adornada de joyas, como quien no está muy acostumbrada á poseerlas, que habla poco para que no se le escape algún *haiga* ú otra palabra subversiva, gramaticalmente considerada.

—¿Y cómo hay que vestirse para ir á esa casa?

—¡Hombre! eso no se pregunta; el frac es de rigor. Las reuniones de los advenedizos, *parvenus*, que decimos en francés, siempre son de eti-

queta. El Sr. Fernández tendría un sentimiento si viera una levita entre los convidados, y la señora, ¡ah! la señora se escandalizaría y me haría graves cargos por haberme atrevido á presentar un caballero sin frac...

— Corriente: me pondré el frac.

A las nueve de la noche ya estaba yo vestido de punta en blanco, y fuí al cuarto de Román.

—¿Estoy bien? le pregunté.

—Sí, señor; los Sres. de Fernández no tendrán nada que decir. Sólo le falta á usted una placa para hacer un efecto maravilloso.

Y media hora después entrábamos mi compañero y yo en casa del Sr. Fernández. Era una buena casa en la calle del Colmillo,—¡bonito nombre de calle!—y bien se conocía al penetrar en el piso principal que allí había mucho dinero ó mucha trapisonda. El Sr. Fernández me recibió con la mayor cordialidad; era el tal Fernández un hombre de buena presencia, bastante ordinario, y á cien leguas revelaba su obscuro origen; su señora era una mujer hermosota, frescota, que no hubiera estado mal vendiendo fresa en los portales de Santa Cruz; pero que con aquellas blondas, aquel vestido escotado y todo aquel atavío parecía una máscara.

Hablé con el Sr. Fernández, y supe, porque él me lo dijo, que había estado en la Habana diez ó doce años, y allí había tenido parte en ciertas empresas que, casualmente, fueron pro-

ductivas. Después he sabido que el Sr. Fernández no hubiera hecho el negocio que hizo en América si no hubiese habido negros en el mundo.

La concurrencia no dejaba de ser distinguida; allí encontré varias personas conocidas; no faltaba algún barón con *b*, alguna marquesa viuda, algún coronel retirado, varios poetas, cinco ó seis diputados, unos periodistas, que luego daban cuenta al asombrado mundo de las *soirées* de los Sres. de Fernández, un par de bolsistas trapisondistas, para que hubiese de todo, y una buena colección de señoras y señoritas de buen aire, que daban gran atractivo y encanto á la reunión.

Verdaderamente se pasaba muy bien el tiempo en casa de los Sres. de Fernández. Como ahora se dice, se *hacía música*, se bailaba, se charlaba, se tomaban deliciosos helados, se cenaba maravillosamente... se jugaba.

En verdad, digo á quien lea que á la media hora de hallarme en aquella casa, me parecía el Sr. Fernández el hombre más simpático, y su mujer la señora más fina y distinguida del mundo.

Mi compañero de hospedaje vino á decirme que Fernández y su mujer le habían dado las gracias por haberme presentado, y al mismo tiempo me comunicó la fausta nueva de que aquella noche debía hacer su aparición en la

soirée una dama hermosísima, recién llegada á Madrid, viuda de un mejicano, con quien había casado en España tres años antes, perdiéndole poco después, porque habiendo tenido necesidad el venturoso marido de pasar á Méjico, á fin de realizar sus bienes y poner en orden sus asuntos para establecerse luego definitivamente en España, había muerto en alta mar con todos sus compañeros de viaje, no por otra cosa, sino porque el buque se había abierto como una granada, sepultándose en las turbulentas aguas con todo su contenido.

—Me dice la señora de Fernández—añadió Román—que es una mujer bellísima, que en siendo conocida en Madrid se la disputará toda la buena sociedad para que honre las principales casas.

—Ya tengo deseos de conocer ese prodigio de hermosura.

—Parece que excede la de esa señora á toda ponderación. Y lo creo porque cuando hasta las mujeres dicen que su hermosura es extremada...

—En efecto, es un dato para creer que esa mujer es de primer orden.

—Lo que me parece menos creible es lo que se cuenta de su estado. No tengo gran fe en la veracidad de esas viudas hermosas, víctimas de siniestros terrestres ó marítimos... Dan cada chasco... Pero, en fin, esperemos la aparición de la deidad, y no la juzguemos antes de conocerla.

—¿Ha visto usted ya toda la casa? ¿No es verdad que está puesta con un lujo encantador?... Amigo, hay que confesar que el lujo es una gran cosa... Está uno tan bien en estas habitaciones de seda y oro, perfumadas, contemplando graciosas estatuas, primorosos cuadros, descansando con tanta comodidad en estas butacas... pisando estas blandas alfombras... ¿Cómo va usted á preguntar al dueño de todo esto, que todo lo pone á disposición de usted con notable bizarría, el origen de su fortuna?... ¿Ha visto usted el gabinetito verde?...

—No.

—¡Ah! pues es lo mejor de la casa. Está bastante retirado del salón de baile, y del de conversación, y del comedor, y del fumadero, y allí sólo entran personas de gran confianza, los amigos íntimos; usted entrará.

—¿Y qué hay de notable en ese gabinete?

—Vamos y lo verá usted.

El gabinete verde era el sitio destinado al juego.

Había allí siete ú ocho caballeros de buen aspecto, ya de edad madura, y otro que tallaba, á quien por la colocación de la luz y tener la cabeza inclinada no pude ver la cara hasta después.

Aquellos caballeros apenas se fijaron en mí; siguieron su juego silenciosamente.

Mi compañero me dijo:

—¿Está V. en fondos?...

—Sí, algo traigo, le contesté.

—Pues pruebe V. fortuna. Por lo que ví la otra noche, no deja V. de tener suerte.

Saqué un billete de quinientos, y lo puse á un caballo que venía galopando, y en efecto, llegó á la quinta carta.

El que tallaba pagó á los gananciosos, y al llegar á mí, levantó la cabeza, á tiempo que me daba un billete de mil, y mirándome, exclamó:

—¡Hombre!...

Y empezó á barajar.

Aquel hombre no era otro que D. Domingo Puertas, el antiguo lacayo, mayordomo, ayuda de cámara y, por último, administrador del infeliz aristócrata venido á menos.

El miserable me había reconocido.

—¿Conoce V. á D. Domingo? me dijo mi compañero.

—Sí... poco. ¿Qué hace en Madrid ese hombre?...

—¿Qué hace?... Una friolera. Ha tomado á su cargo varias obras del Ayuntamiento, y dicen que está haciendo una gran fortuna. Me parece que eso es hacer algo.

—Ya lo creo.

—Presumo que él y Fernández, el espléndido dueño de esta casa, están unidos en los negocios ¿No juega usted más?...

—Sí, vaya ese billete de mil á esa sota tan airosa.

Y vino la sota en seguida.

Don Domingo me dió dos mil reales, sin mirarme, y yo los dejé junto á un rey de copas.

El rey estaba muy próximo, y me valió cuatro mil reales.

—Sigue la vena, me dijo Román; aprovéche-la usted.

El seguía también mi juego, y ganaba.

A la media hora tenía yo mil duros, y D. Domingo decía de cuando en cuando:

—¡Hombre, hombre!...

Quise dar un golpe de efecto para contrariar á D. Domingo, á quien aborrecía desde que supe que había sido amante favorecido de Soledad, y puse los mil duros á un dos.

—Mucho arrojo es ese—observó Román.

D. Domingo exclamó otra vez:

—¡Hombre!

Pasó un minuto, y salió el dos: D. Domingo arrojó la baraja sobre la mesa, contando veinte billetes de mil, los puso sobre los míos, y se levantó, al mismo tiempo que se abría la puerta del gabinete verde, y aparecían la dueña de la casa, otras dos señoras, y la peregrina hermosura de quien me había hablado con tanto encarecimiento mi compañero de hospedaje.

Era Soledad.

—Venimos á interrumpir á ustedes en su distracción—dijo la señora de Fernández.

—Nada de eso—contestó uno de los caballeros—ya hemos concluído por esta noche. Don Domingo—añadió señalando al ex-ayuda de cámara—no quiere más juego esta noche, porque le ha ído muy mal.

Soledad miró á D. Domingo, y en sus ojos brilló un momento la siniestra llama del odio.

—Hemos querido enseñar la casa—continuó la mujer de Fernández—á esta señora que nos honra hoy por primera vez.

Soledad no me había visto aún.

Román estaba embebecido contemplando á Soledad, cuya hermosura era verdaderamente deslumbradora.

—Compañero ¡qué viuda!—me dijo.

—¿Y quién ha sido el vencedor de D. Domingo esta noche?—preguntó la dueña de la casa.

—Un joven modesto y poco avezado á la lid—contestó jovialmente Román, empujándome suavemente—este amigo que he tenido el honor de presentar á usted y á su esposo.

Soledad me vió, y no pudiendo sostener mi mirada, clavó los ojos en el suelo.

—Vamos, vamos al comedor, que ya son las dos, y á las tres y media se bailará el cotillón. No olvidará Román que nos ha prometido dirigirlo y disponer las figuras.

— No, señora, ño lo olvido; soy director del cotillón por derecho propio.

Todos volvimos al salón, y reunidos á las señoras y á los caballeros que allí conversaban, nos dirigimos al comedor. Cada caballero ofreció el brazo á una dama; yo iba á ofrecerlo á la dueña de la casa; pero ésta se apresuró á tomar el de Román, y me hizo dar el mío á Soledad.

— ¡Por Dios!... me dijo en voz baja Soledad, tomando mi brazo.

Que fué como decirme:—No me comprometa usted, no me descubra.

No sabía ella que en aquella famosa reunión el que más y el que menos también tenía su historia y su interés en que no se conociera.

De esto hay mucho en el mundo.

— Nada tema V. de mí, le dije.

La mesa estaba magníficamente puesta, y aquello era *la mar*, como ahora se dice, de cosas riquísimas y apetitosas.

Yo no había visto nunca un festín semejante.

Y también debo decir que nunca había visto gente con mejor apetito, ó más bien con más desordenado apetito.

En poco tiempo desapareció casi todo lo que había sobre la mesa.

Yo no comí mucho. Soledad estaba á mi lado, más hermosa que nunca, y ella era toda mi pre-ocupación.

Nadie hubiera creído que era una superchería la historia de su pretendida viudez.

Dos personas había allí que estaban en el secreto: D. Domingo y yo.

Soledad suponía fundadamente que D. Domingo callaría, porque también él tenía historia, y no se dignaba mirarle siquiera.

Todos estaban admirados de ver tan singular hermosura, y todos me envidiaban por haber obtenido la dicha de colocarme al lado de la incomparable Soledad, que sólo conmigo hablaba, demostrando una preferencia que aquella gente no podía explicarse.

—Pues señor pensé, esta mujer me va á perder porque, después de tanto tiempo y de todo lo que ha pasado, estoy tan enamorado de esta mujer como el primer día.

Saltaron los tapones del Champagne, y los criados empezaron á servir las elegantes copas.

Yo bebí mucho, lo confieso; bebí para aturdirme, para oscurecer mi vista y no ver los hermosos ojos de Soledad, para entorpecer mi cerebro, para no preocuparme de Soledad... pero ella no me dejó un momento; cuando terminó la cena volvió á tomar mi brazo para ir al salón, y me embriagaba con sus miradas, con su aliento, con sus palabras suaves... y yo sentía que se abrasaba mi cabeza, que mis sienes parecía que iban á estallar, y que por mis venas corría fuego vivo.

— Esta mujer es el mismo demonio, pensé.

Imponderable efecto causó aquella nunca vista hermosura, y bien advertí que todos me miraban con cierto enojo, motivado por la preferencia que ella me concedía sobre todos.

Soledad hubiera sido una gran actriz; representaba su papel con notable perfección, y el mismo D. Domingo Puertas estaba asombrado de ver á su víctima.

Las señoras empezaban á preocuparse también del favor que me dispensaba Soledad, y enviaron á la dueña de la casa con objeto de averiguar algo. La señora de Fernández se acercó á nosotros.

— Veo, nos dijo, que ustedes se conocían.

— Sí, señora, contesté; tuve hace tiempo el honor de conocer á esta señora fuera de Madrid, y he tenido un placer en volverla á ver.

— Confío, añadió la emperegilada dama, que esta señora nos hará el honor de asistir á nuestras reuniones en adelante, sin faltar á ninguna.

— Yo seré la favorecida, contestó Soledad.

La señora de Fernández me distrajo hablándome, con la evidente intención de que los demás pudieran acercarse á Soledad, y al momento se vió ésta rodeada de caballeros que soliciaban el honor de bailar con ella, y no tuvo más remedio que bailar con algunos.

Las señoras mayores reunieron capítulo mientras se bailaba, y convinieron todas en que era

una coincidencia singular mi presentación en la casa de Fernández la misma noche en que la había favorecido por primera vez aquella hermosa, y sobre el caso interpelaron luego á mi amigo Román, que protestó no tener antecedente alguno para sospechar que hubiera en todo ello más que una casualidad.

Y yo, viendo á Soledad bailando con otros, empecé á sentir, ¿lo diré?... celos, como si debiera inspirármelos una mujer de su condición. Y era que se despertaba en mí aquel amor fatal que en mala hora me inspiró la doncella del piso segundo.

Cuando concluyó de bailar, volví á acercarme á ella; estaba celoso, y deseaba que nadie la hablase, que de nadie oyese lisonjas ni galanterías. Pero los demás no estaban de humor de darme gusto, y todos á porfía la llenaban de piropos y floreos, mientras á mí, tan excitado por el *Champagne* y por los ojos de aquella mujer endiablada, me llevaban todos los diablos...

D. Domingo Puertas, que había estado hasta entonces en el hueco de uno de los balcones, viendo como bailaba Soledad, se acercó á mí, y con una risita irónica, me dijo:

—Amigo, V. no se acuerda ya de mí.

—O no quiero acordarme, le contesté.

—¿Todavía le sigue el enfado conmigo?... repuso D. Domingo con sorna.

No conocía el hombre el estado de excitación

en que me hallaba, pues, á conocerlo, se hubiera guardado bien de venir con bromitas.

—Ya ve V., añadió, como ha progresado nuestra amiga Soledad; ahí la tiene V. volviendo locos á todos esos jóvenes, y tan elegante como una marquesa. A V. creo que le gusta como antes... ¿Me equivoco?...

—No tengo que dar á V. cuenta, le dije.

D. Domingo no conoció en mi acento y en mis ojos el estado en que me hallaba, y continuó:

—¡Hombre! Haga V. lo que le dije en el pueblo; cátese V. con ella.

No pude contenerme; me olvidé de todas las conveniencias, de mí mismo, de mi amigo Román, que me había presentado en la casa, de todo, en fin, y pegué una tremenda bofetada á D. Domingo, quien lanzó un rugido y fué á arrojarse sobre mí. Detuviéronle el Sr. Fernández y otros señores; las señoras se asustaron mucho, y únicamente Soledad permaneció serena en medio del salón, mirándome de una manera tan expresiva, que parecía como si con la mirada quisiera darme gracias por haber castigado al exayuda de cámara.

—Dispensen ustedes, señoras, murmuré... no he podido contenerme... siento haber cometido este exceso, olvidándome de que me hallaba en casa ajena, donde he tenido el honor de ser presentado por una persona á quien estimo en mucho... Pero ese hombre se ha permitido de-

cirme una inconveniencia, y no he sido dueño de mí.

—Caballero, me dijo la señora de Fernández, después de esta escena...

—Comprendo, señora...

Y me dirigí á la puerta del salón.

—Caballerito, me gritó el ex-ayuda de cámara, nos veremos.

Román me siguió, y todos los convidados se dispusieron también á marcharse. Quedaron allí, sin embargo, dos señores, un periodista y un coronel retirado, á disposición de D. Domingo, según dijeron, presumiendo que éste querría enviarme un cartel de desafío, como cumple en casos tales á cumplidos caballeros.

En la puerta de la casa estaba yo con Román, que me pedía explicaciones sobre el suceso, cuando bajó Soledad con la señora que la había presentado en aquella reunión.

—Acompañaremos á estas señoras, dije á Román, y ya hablaremos luego.

No le pareció mal á mi compañero, porque la hermosura de Soledad había hecho en él profunda impresión; pero ésta se apresuró á tomar mi brazo, y el bueno de Román tuvo que contentarse con dar el suyo á la compañera, que no era fea, no, pero no valía tanto físicamente considerada, como mi ángel malo.

Soledad me dió las gracias por la bofetada, y me dijo:

—Si le inspiro á V. algo más que desprecio, venga V. á verme, tengo mucho que contarle.

Llegamos á la calle del Caballero de Gracia, y Soledad y su amiga entraron en una casa de buena apariencia, que la segunda nos ofreció con mucha amabilidad.

Román quiso preguntarme quién era Soledad, cómo la había conocido, por qué le había pegado la gran bofetada á D. Domingo, y otra porción de cosas que tenía curiosidad de saber.

—Usted dispense, amigo mío, le dije, pero aunque quisiera, no puedo entrar en explicaciones; estoy aturdido, lleno de confusiones, mi cabeza arde, y temo que me va á dar un ataque cerebral. Déjeme V. dormir esta noche, y mañana hablaremos, si estoy mejor.

Pienso que Román creyó que el *Champagne* se me había subido á la cabeza.

Y no diré yo que no fuera verdad.

XXI

DE CÓMO FALTÓ POCO PARA HACERME PERSONAJE POLÍTICO

Román entró en mi habitación á las doce del día siguiente, deseoso de saber si me hallaba más sosegado, y curioso de conocer la historia de Soledad.

Yo estaba mejor en efecto; había dormido como un tronco.

—Amigo mío, me dijo Román, ya estará usted pesaroso de lo que hizo anoche.

—¿De qué?... ¿De haber dado una bofetada á D. Domingo?... No, señor, no me pesa de ninguna manera.

—Habrà V. calculado las consecuencias...

—¿Y qué consecuencias ha de tener ese lance?... Como no sea que se le hayan desvencijado las muelas á D. Domingo.

—Tendrá V. que batirse.

—¿Con D. Domingo?... Déjeme V. reir.

—Es una persona de cierta posición, y no creo que sufra el ultraje que V. le infirió.

—Yo no me bato con ese tío.

—Pues, amigo mío, hace media hora han estado aquí el barón de la Alameda y el joven escritor D. Arturo Tijerillas, encargados de pedir á V. una satisfacción. Tijerillas es amigo antiguo, y me ha dicho en confianza que les ha costado gran trabajo decidir á D. Domingo á batirse; pero le han hecho las reflexiones propias del caso, y á ellos ha encomendado el asunto.

—Bien, hombre, bien; pues por mí no ha de quedar; pero me choca que D. Domingo quiera batirse, á no ser á puñadas ó á palos.

—Pero ¿qué opinión tiene V. de ese caballero?...

—Mire V., lo primero es que no es tal caballero...

—¿Pues quién es ese hombre?

—Un tío; esto no quita que llegue á ser un personaje.

—Pero V. se bate; ¿no es verdad?

—Sí, señor, sí, me bato; precisamente tengo deseos de escarmentar á ese *caballero*.

—Entonces, yo me pondré de acuerdo con el barón y Tijerillas.

—Sí, sí, póngase V. de acuerdo. Pero mire usted que me parece increíble que ese hombre quiera batirse; repito que él no sabe manejar más que los puños ó el garrote.

Mi amigo Román, que era extremado en esto de arreglar lances de honor, salió seguidamente á buscar á los dos padrinos de D. Domingo, y

arreglaron el lance, no para el día siguiente, porque D. Domingo tenía que ir á Aranjuez á no sé qué subasta importante, sino para el otro, á las cinco de la mañana, en las inmediaciones del arroyo Abroñigal, un sitio muy bonito para matarse dos hombres en paz y en gracia del demonio.

Román vino muy satisfecho á darme la fausta nueva, añadiendo que D. Domingo se había manifestado poseído del mayor deseo de lavar con sangre la afrenta, y que el duelo se verificaría con sable, por haberlo decidido así los padrinos de mi poderoso adversario.

—Vamos, dije, D. Domingo se servirá del sable como de un palo. Tendría que ver que me rajase de arriba abajo; bien que yo procuraré rajarle antes.

Román quiso saber en seguida la historia de Soledad; pero yo aplacé prudentemente toda explicación.

Mucho me preocupó la idea de ir á batirme con aquel hombre y por una mujer como Soledad, pero no había otro remedio; D. Domingo era á los ojos de todo el mundo un caballero, gracias á su dinero, y mi hidalguía me imponía la obligación de callar el verdadero motivo de mi enojo con él.

Aquella tarde uno de los periódicos más leídos de Madrid traía un suelto concebido en estos términos:

«Se habla mucho en Madrid de un incidente desagradable ocurrido anoche en la reunión de los señores de F... tan conocidos y apreciados en la buena sociedad de la corte. Un caballero, que había sido presentado por uno de los jóvenes más distinguidos de Madrid, conversando, creemos que sobre política, con el conocido y acaudalado D. D... P... levantó la mano y amenazó á éste. Parece que la cuestión será llevada al terreno de los caballeros.

«Este desagradable incidente interrumpió la animación que reinaba en los salones de los señores de F... de donde se retiró la distinguida concurrencia lamentando que hayamos llegado á tiempo en que la pasión política presenta un carácter de efervescencia tan peligroso.

«Mucho celebraremos que el lance tenga una solución satisfactoria.»

No pude menos de reirme leyendo semejante noticia.

Fuí al Suizo, y allí encontré á Román, rodeado de poetas, artistas, periodistas y hombres políticos que le pedían detalles del suceso, y yo fuí el héroe aquella noche en el café.

Román me presentó un buen número de amigos suyos, escritores, diputados, agentes de bolsa, gente toda visible y de campanillas.

Román siguió la broma del periódico noticiero, y dijo que en efecto yo me había propasado con D. Domingo á consecuencia de haber éste

dicho alguna frase injuriosa contra el gobierno de S. M., y señaladamente contra el presidente, un bizarro general.

Con este motivo felicítáronme muchos hombres públicos, y me hicieron todo género de ofrecimientos; un señor me propuso una plaza de redactor de su periódico ministerial, y cuando volví á casa aquella noche, me encontré una tarjeta del mismísimo Presidente del Consejo de ministros, á quien ya había llegado la noticia de mi heroísmo.

Vea V. qué de golpe y porrazo me hicieron personaje, y cómo el bárbaro de D. Domingo ascendió á la categoría de hombre político enemigo del gobierno.

En otra ocasión acaso hubiera aprovechado aquella coyuntura que se me presentaba, habría ido á visitar al ministro, y hubiera sacado por lo menos una credencial; entonces no hice más que reirme.

Tenía pocos años, muchas ilusiones, y cuarenta mil reales en el bolsillo que había ganado en casa de los señores de Fernández. ¿Para qué necesitaba una posición oficial? Para nada. Tener todo eso en aquella época, era para mí poseer una fortuna enorme.

Parecerá mentira, pero más que todo eso me preocupaba en aquella ocasión saber cómo Soledad había cambiado de fortuna, con quién vivía, y qué se proponía haciéndose pa-

sar por viuda de un mejicano nada menos.

El día antes del concertado combate con don Domingo, fuí á ver á Soledad.

Soledad vivía, como he dicho, en un cuarto principal de la calle del Caballero de Gracia. Subí, tiré del llamador, y salió una criada.

—¿Están las señoras? pregunté.

—Está sola la señorita Soledad, me contestó.

—Pues pase V. recado.

Díjele mi nombre, y al momento me hizo pasar y tomar asiento.

Soledad me recibió con gran alegría.

Estaba muy satisfecha de la bofetada que le dí á D. Domingo.

Me hizo sentar á su lado, se informó con el mayor interés de la salud de mi madre, y comenzó á explicarme lo que yo quería saber.

El francés no se había casado con ella; convencido de que Soledad había sido mala madre, había pensado que no podría ser buena esposa.

Soledad, al recordar este terrible episodio de su vida, derramó algunas lágrimas, no sé si de rabia ó de arrepentimiento. He de inclinarme á lo último, porque no puedo comprender que exista mujer alguna que, habiendo sido madre y habiendo perdido á su hijo como Soledad lo perdió, no sienta algo en su corazón al recordar su desventura.

El francés se había vuelto á Francia; ella no sabía que hacer.

Ya no se acomodaba á seguir en aquella honrada casa donde pasó los primeros años de su vida considerada como si fuera de la familia; allí sabían sus aventuras.

En tal tribulación, y cuando ya tenía poquísimos recursos, recordó que conocía á una señora muy distinguida, amiga en algún tiempo de la familia con quien ella había vivido, y que era mujer de gran travesura y que la había manifestado mucho afecto. Esta señora había dejado de visitar la casa, porque llegó á notar que el padre no gustaba de que sus hijas conversaran con ella, temeroso, sin duda, y con fundamento, de que su conversación no fuera la más conveniente para niñas bien educadas.

No era que Rosita, que así se llamaba la viuda, fuera mujer de equívoca conducta, pero, sin dejar de ser una señora de juicio, sabía tanto de mundo, hablaba con tanto desparpajo, y tenía tales ideas de independenciam y libertad, que no debía parecer extraño que un padre evitase la intimidad entre ella y sus hijas.

Rosita era viuda de un coronel, andaluza, de treinta y tantos años, más graciosa que hermosa, y alegre como unas castañuelas.

Conocía á todo el mundo, se metía en todas partes, averiguaba la vida y milagros de todos, comía siempre en casa ajena, no perdía reunión, *soirée* ó baile, se burlaba de todo bicho viviente, no tenía inconveniente en poner cinco duros á

un *as*, y en fin, pasaba la vida más divertida que se pueden ustedes imaginar.

A esta señora acudió Soledad, refirióle sus cuitas, que no le sorprendieron de ninguna manera, y le pidió consejo. Rosita era muy indulgente, y alentó á Soledad, ofreciéndole su casa. Conocida la historia de Soledad, la imaginación de la viuda inventó en seguida otra que le sirviera para introducir en la sociedad á la menesterosa doncella, y burlarse de la sociedad, porque Rosita conocía perfectamente la que frecuentaba, y no tenía de ella la mejor opinión, por cierto. La idea de hacer pasar á Soledad por una señora distinguidísima, le divertía mucho, y si lograba casarla con algún personaje, con un general viejo, por ejemplo, ¿qué más podía hacer por ella?...

Rosita tenía distracción para algún tiempo.

Esto deduje de los informes que me dió Soledad acerca del interés que por ella había tomado la viuda, y de la pintura que me hizo del carácter alegre de esta señora.

La suerte había venido á unir más á la viuda y á Soledad.

Poseía esta, cuando fué á visitar á la viuda, muy escasos recursos, y habiendo propuesto Rosita que entre las dos pusieran diez duros á la lotería, y aceptado Soledad este medio tan inseguro de adquirir dinero, sucedió que la caprichosa fortuna les favoreció con un premio de

diez mil duros. Tenían, pues, un capital que les podía ayudar grandemente en la superchería que intentaban.

Esto me dijo Soledad, y añadió:

—A V. nada le oculto; V. ha sido bueno conmigo, y yo le estoy á V. agradecida. Es acaso el único sentimiento que ha quedado en mi corazón. Sé que usted me desprecia, pero no importa; yo debo sufrir ese desprecio. Usted me quiso, y yo hice mal en no responder al cariño desinteresado, entusiasta, apasionado de V... Mi egoísmo me entregó á un hombre indigno, á un miserable... ¿Qué he de conseguir ya en el mundo, como no sea á favor de una superchería?...

—Estoy asombrado de la travesura de su amiga de V.

—Es mucho su ingenio, y voy creyendo que va á conseguir casarme, como dice, con algún distinguido personaje, añadió Soledad con una triste y amarga sonrisa.

Y en verdad que no tendría nada de extraño que aquella mujer volviese loco á quien no conociera su historia, porque yo que la conocía, estaba á punto de arrojarme á sus pies, pidiéndola que me amase. Tal era el influjo de aquella soberana hermosura.

Oportunamente llegó la viuda; si tarda más, ¿quién sabe lo que le hubiera dicho á Soledad?...

La viuda sabía ya quien era yo; Soledad se lo había contado todo, menos la escena en la



Inclusa cuando fuimos á buscar á su hijo, y se manifestó muy amable conmigo, y habló por los codos con sin igual donaire, y me confirmó lo que Soledad me había dicho acerca de sus deseos de casarla.

—Si ella sigue mis consejos, añadió, todavía puede hacer una suerte loca. Este mundo es una farsa, hijo, y cada uno hace su papel.

—Efectivamentê.

—Ya la tiene V metida en esto que se llama el gran mundo. Ahora á ella le toca hacer de modo que fije su porvenir. Anoche hizo un efecto prodigioso en casa de Fernández, y no se habla de otra cosa en Madrid. Hoy he estado de visitas, y ya me han dicho en varias partes que la lleve... en casa de la generala Metralla, en la de las chicas de Romerillo, en la de la viuda de Ardilla, en la de los marqueses de la Amapola... Le digo á V. que la viuda del mejicano va á dar que hacer en Madrid... Pero me han dicho que tiene V. un desafío pendiente con D. Domingo Puertas... ¿es verdad?

—¡Un desafío!... se apresuró á decir Soledad.

—No, señora, no, ¿cómo se ha de batir un hombre como ese?...

—Eso he dicho yo; debe ser más cobarde que la noche.

—Nada, no hay nada de eso.

—Me alegro. También se habla mucho del lance de anoche entre V. y ese hombre.

—La sociedad se conoce que tiene poco en que ocuparse cuando se preocupa de cosas tan nimias.

—Pues en todo es lo mismo; esas cosas nimias son las que fijan la atención de la sociedad; hay una gran indiferencia para todo lo que no sea escándalo, chismografía, farsa. La sociedad es así; yo me río mucho de ella. Pero vamos á otra cosa; esta noche le espero á V.; vendrán algunas amigas que desean conocer á mi protegida, á la viuda del mejicano... ¡Já! ¡já! ¿No es verdad que tiene gracia que todo Madrid se preocupe de una mujer porque se la ha vestido con elegancia y se ha hecho correr la noticia de que su marido se ahogó?...

En aquel momento entró la criada, y dijo á la viuda que la esperaban.

—¿Quién es?... Este caballero es de confianza, observó Rosita.

—Es la modista.

—¡Ah! que entre; viene por el raso para los dos vestidos que nos vamos á hacer, Soledad.

—Sobre aquella silla está, dijo ésta.

Y entró en la sala, llena de humildad, de modestia, mi amiga Carmen.

—Acérquese V., exclamó la viuda.

Carmen se acercó, levantó los ojos, y me vió. Se puso lívida.

—Acérquese V. más, hija, continuó la viuda;

mi amiga, la señora de Pardillo, me ha dicho que tiene usted unas manos primorosas...

Carmen no contestó; había fijado una mirada profunda en Soledad, que estaba á mi lado; una mirada terrible.

—Hija, con V. estoy hablando, añadió con desabrido acento Rosita.

—Pues yo... señora... murmuró con temblorosa voz Carmen... no puedo hacer... por ahora... no puedo encargarme...

—Es singular; entonces, ¿á qué ha venido usted?...

—A eso... á decir que no puedo.

—¡Jesús! No he visto otra.

—Ustedes dispensen... si no puedo.

—Vaya V. con Dios. Para esto podía V. haber excusado venir.

—Es verdad, dijo Carmen con un acento de profunda tristeza.

Y se dirigió á la puerta.

—Esa modista debe ser loca, observó Rosita.

—Es raro, añadió Soledad.

Yo me apresuré á despedirme, prometiendo á la viuda volver á la reunión de la noche.

Cuando salí á la calle no ví á Carmen.

XXII

DE CÓMO ME ARRIMARON UNA PALIZA

No encontré á Carmen en la calle, pero fuí á su casa, deseoso de explicarle mi presencia en la de la viuda.

Aquella mirada que dirigió á Soledad al verla sentada al lado mio, me reveló claramente los sentimientos de la virtuosísima joven. Indudablemente me amaba, y viéndome en casa de aquellas señoras, una de ellas sobre toda ponderación hermosa, se había encendido en su corazón la llama de los celos, y acaso hasta entonces no se había explicado ella misma su amor.

Corrí á su casa ; ya no vivía allí.

Pregunté á los vecinos, y sólo me supieron decir que se había trasladado á un cuartito de la calle de Jacometrezo, pero todos habían olvidado el número de la casa. Las circunstancias habían sido favorables á las dos hermanas, que, después de tantas andanzas, lograron mucho trabajo y más productivo.

Ocioso parece decir que todos los vecinos se manifestaron muy satisfechos de la prosperidad

de las dos hermanas, aunque sintiendo que hubiesen abandonado aquella casa, donde tanto tiempo habían vivido, sirviendo de consuelo y amparo, en la escasa medida de sus recursos, á cuantos necesitaban auxilio.

—Mire V., me dijo la mujer del tambor mayor, desde que se han ido parece que nos ha caído una maldición. Mi marido está en el hospital militar con una ictericia, que tarde será cuando pueda él lucir la gorra de pelo por esas calles; al Sr. Paco, el sastre, se le ha escapado la mujer con un ciego más malo que Cain; á la Sra. Rufina le cayó encima el otro día en la calle de San Vicente un tiesto, y todavía está en la Casa de Socorro, y por último á Gilito, el chico más listo del barrio, que se iba á casar con la Tomasa, le han *acumulado* una muerte que hubo el otro día en Chamberí, y en la cárcel me lo tienen preso, que Dios nos libre de una mala voluntad y un testigo falso.

Sintiendo mucho las desgracias de aquella honrada vecindad, me despedí de los vecinos de mis amigas, y me dirigí á averiguar el paradero de Carmen.

No lo pude averiguar aquel día.

En casa encontré, á la hora de la comida, á Román, que me dijo:

—¿Conque mañana á las cinco?...

—Sí, sí, ya sé: mañana á las cinco el duelo.

—¿Ha hecho V. algún ejercicio de sable?

—No me ha ocurrido semejante cosa.

—Pues Tijerillas me ha dicho que D. Domingo le dijo ayer que esta noche piensa pasarla aprendiendo golpes, cuchilladas, estocadas infalibles, etc.

—Hace bien. Pues yo hasta mañana no hago ningún ejercicio.

—Mucha confianza tiene V.

—Sí, señor, mucha.

—¿Y la señora del mejicano?... Ya habrá usted visto que el periódico en que escribe Tijerillas habla de ella con gran encomio.

—No, no he visto.

—Pues vea V., vea esa *Revista de salones*.

—A ver, á ver.

Así decía el revistero:

«Las reuniones de los amables señores de Fernández continúan tan brillantes como de costumbre. Las más distinguidas damas de la buena sociedad se dan cita los sábados en los salones de la calle del Colmillo, y atraen á aquella mansión encantadora á todo lo más notable del sexo feo en armas, letras, ciencias y nobleza.

»En la última reunión tuvimos una agradabilísima sorpresa: la de conocer á una hermosa señora, viuda de un opulento mejicano, que por primera vez se presenta en la sociedad madrileña, después de cumplido el luto por su venturoso y desventurado esposo; venturoso, por haber sido dueño de tan singular hermosura; desven-

turado por haber muerto cuando era tan feliz...

—¡Qué ingenio de periodista! exclamé.

—Tijerillas escribe muy bien esas cosas. Continúe usted:

«No podemos pintar la impresión que produjo en todos la presencia de la que pronto será la reina de la moda y del buen tono en Madrid. Su hermosura, su distinción, su ingenio, su elegancia, su aire noble y digno, su amabilidad cautivaron todos los corazones, y le aseguraron la amistad más leal de cuantas personas tuvieron la dicha de conversar con ella algunos momentos. La hermosa viuda obtuvo el triunfo más completo y legítimo, y los señores de Fernández pueden estar orgullosos de haber sido los primeros á quienes ha favorecido tan distinguida señora.»

—¿Qué le parece á V.?... me preguntó Román, terminada la lectura de aquel trozo escogido de la literatura de Tijerillas.

—Me parece asombroso.

—Su amiga de V. será dentro de poco la preocupación de todo Madrid. Verdaderamente tiene V. una suerte loca; juega, y gana; se le presenta á V. ocasión de un duelo, y todos dan á ese duelo carácter político, con lo que alcanza V. una gran importancia; y, por último, es V. amigo íntimo, al parecer, de la mujer que está á punto de ser, como dice Tijerillas en su Revista, la reina de la moda y de los salones. Sólo falta ahora

que mañana deje V. en el sitio á D. Domingo, y entonces tiene V. hecha su suerte. Podrá usted hacer impunemente cuanto quiera; nadie extrañará que suba V. á elevadas posiciones; será usted hombre político considerado y hasta mimado, y ¿quién sabe á dónde le llevará la fortuna?... Con un hombre que pega, que lo acredita escarmentando á uno en el campo del honor, nadie se atreve; V. hará su camino, sin que nadie sea osado á zaherirle y á morderle...

—Muy felices me las promete V.

—Y será V., dispense que se lo diga, un tonto si no aprovecha las circunstancias.

Esta es la gran ciencia que hay que aprender en el mundo.

—Puede que tenga V. razón.

—¿Cuándo vamos á visitar á la viuda? me preguntó Román.

—Mañana, después del duelo, si ese hombre no me parte.

Román tenía deseos de volver á ver á Soledad, pero yo no quería que la viese. Sucedíame que no quería amar á aquella mujer, y sin embargo tampoco quería que ningún otro la amase, y sobre todo que ella amase á otro... Pero, ¿podía ella amar á alguien?

Fuíme, pues, solo aquella noche á casa de Soledad, y allí encontré algunas amigas de la coronela, entre las cuales había curiosísimos tipos. Allí conocí á una señora que había tenido